

# LA PRIMERA NAVIDAD AMERICANA

POR JULIO F. GUILLEN

ERAN las vegas tan verdes como si fuera en Castilla por mayo o junio, y el puerto apropiado para todos los vientos que pudieran ventar, hondable, grande, cerrado y con redoso tan bueno como la gente de aquel pueblo, mansa y sin armas; Colón le puso, por ser 21 de diciembre, Puerto de la Mar de Santo Tomás, y díjole mar por su grandeza.

Dió la vela al siguiente día, en la mañanita, que era sábado, con buenas muestras de agasajo de los indios: simientes de simientes que eran especies, papagayos y algún que otro oro, promesa del que debía de encontrar por las tierras del Mairén, cuyo señor, Guacanagari, envió embajada, invitándole a pasar a ellas; pero, como le fuera el tiempo contrario, tornó a surgir al poco.

Menudearon las visitas de indígenas; más de un millar en canoas y no menos de quinientos a nado, aunque la nao estaba surta a una legua de la orilla; la expectación de esta vista de los españoles fué tanta, que, según parece, hasta cinco señores, hijos de señores, con toda su casa, mujeres e hijos, vinieron a ver a los cristianos, y como todos vieran albricias de que por allí había más oro que tierra, Colón escribió a lo Sancho en su diario: *Nuestro Señor me adereza, por su piedad, que halle este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que me dicen que la saben.*

Aun de noche prosiguió la romería de indios, y tuvo por bien cierto el Almirante que si por la fiesta de Navidad pudiera estar en aquel puerto, viniera la gente toda de aquella isla de Haití, que estimaba ya por mayor que la Inglaterra.

Al fin, antes de salir el sol del 24, alcanzó a tener viento que lo empujase a Levante, contento de haber hallado esta isla que llamó Española, cuyas gentes demostraban ser harto más amables que las de la Juana o Cuba, hasta el punto que los reputaba ya a todos por cristianos y vasallos de nuestros católicos Reyes, que sólo deberían aguardar a que aprendiesen habla de castellanos para poderles mandar.

Ventó, si no amoroso, poco y manejable, y a eso de medianoche, al finar el primer cuarto de la vela, estaba la *Santa María* sobre la Punta Santa y como a una legua de ella; ninguna alusión hace el diario del Almirante de cómo se celebró la Nochebuena a bordo, que, aunque repartida la gente a son de mar, no dejaría de tener regocijo de villancicos y vihuelas al pie del palo mayor



o al socaire de la tilla; de fijo que regado más bien a costa de la botijera del vino del Condado que llevaban, que no de las del aguaje; ello fué, y por cierto se da en historias, que Colón, tras de dos días y una noche que no había dormido, acordó echarse a dormir. Y como fuera calma, el marinero que gobernaba optó por lo propio con falta a su oficio, dejando el gobernarle a un grumetillo, contra la instrucción de no confiar por nada el gobierno a grumete alguno.

Quiso Nuestro Señor, escribió Colón, que apenas vieron retirarse al Almirante, le imitaron todos a las doce, y al poco, sólo el muchacho de marras era testigo mal pocado de aquella la primera y maravillosa Nochebuena tropical.

Mas la corriente, eterna y reversera enemiga del marino socairero y moreón, enseñoreándose de la carabela encalmada, cuyo aparejo más parecía al oreo que no amurado a la flor del viento, lacios los paños y con seno, brazas y escotas, la aconcharon contra la restinga de la Punta Santa, y fué sobre ella la carabela tan mansamente, que casi no se sentía. Notó la varada el mozo y dió en gritar; apareció primero el Almirante seguido del maestre Juan de la Cosa y, poco más luego, de los demás del equipaje; la sorpresa del infortunio restó ánimos, decisión y, a la postre, impidió la posible salvación del navío, que allí hubo de quedar con mar de través y perdido, mientras la carabela *Niña*, temporejando a la corda, transbordaba hombres y los pertrechos más manuales.

Desembarcó el Almirante lleno de angustia; Guacanagari, el taimado cacique que lo convidó a sus tierras con promesas de oro, envió gente a lo consolar, y al poco, en aquellas playas de la Española surgía, con los maderos del buco mismo de la *Santa María*, parto simbólico que maravilla, la primera fundación cristiana en tierras de América: la villa de la Navidad.

Primera también en recibir sangre española, pues que los treinta y nueve que en ella tuvieron asiento fueron exterminados por los levantiscos indios, que el Almirante creyó mansos y desarmados; la gobernaba un Diego de Arana, que iba por Alguacil Mayor de la Armada, hermano de aquella cordobesa que hubo un hijo de Colón, el andariego y sabihondo don Fernando, tan dado a coleccionar libros como a los achaques de cosmografía.

ILUSTRACION DE S. DEL ARBOL

